

rada despues fácil y sin importancia, con objeto de oscurecer su brillo. Fué preciso recurrir á órdenes despóticas (1493), que no hicieron otra cosa que exasperar aún más los ánimos, persuadidos como estaban de que el rey usaba artificios con respecto á los amotinados para castigarlos de una insubordinación anterior; no cedieron en fin sino á las reiteradas seguridades de Alonso Pinzon, navegante intrépido y estimado.

De esta manera fué como la *Santa María*, la *Pinta*, la *Niña*, barcos pequeños y de lijera construcción, de los cuales uno sólo tenía alcázar muy alto de popa y proa, con castillo delante y barracas para la tripulación; de esta manera fué, decimos, como estos buques, tripulados por gentes embarcadas por fuerza, se dieron á la vela para la más grande de las empresas. Despues de haberse Colon confesado y comulgado, marchó, objeto de burla para unos y de compasión para otros.

Desde este momento comenzó un diario, admirable revelación de los sufrimientos y grandeza de aquel hombre incomparable, de las inmensas alegrías y de las crueles decepciones que rápidamente se suceden en el alma de los gloriosos artífices de las obras magnánimas.

Habia en Colon, como en todos los que han dejado un gran nombre, dos hombres: el de su siglo, con sus ideas y errores, y un poder individual que le hace superior á sus contemporáneos. A las poco numerosas, desordenadas y engañosas nociones que le proporcionaba entonces la ciencia, unió un espíritu de observación minucioso, que no impidió en él los grandes designios. Los Padres de la Iglesia, los talmudistas, los escritos místicos de Gerson, los antiguos geógrafos, la cosmografía del cardenal Ailly, Marco Polo, sobre todo, le proporcionaron, como ya hemos visto, argumentos en favor de su proyecto, ú objeciones contra su cumplimiento. Lleno de penetración para señalar todo fenómeno natural, aunque no estuviese bastante instruido en las teorías para explicarlas con verdad, nada se escapaba á su sagacidad en el aspecto de un mundo y un cielo nuevo, y unía los hechos buscando sus mutuas relaciones. Fué el primero que marcó la declinación de la aguja magnética; antes que Pigafeta, conoció la manera de encontrar las longitudes por medio de

la diferencia de ascension directa de los astros. Notó la dirección de las corrientes pelágicas; la acumulación de las plantas marinas, que determinan una gran división de los climas del Océano; el cambio de temperatura, no sólo por las distancias del Ecuador, sino también por la diferencia de los meridianos. No descuidó tampoco las indicaciones geológicas sobre la forma de las tierras y las causas que la producen.

Esto es lo que se nota en su diario y en sus cartas; pero lo que aparece en el fondo de todo es un vivo sentimiento religioso, que le hace creer en revelaciones, visiones y tomar por objeto supremo de su empresa el aniquilamiento del islamismo, la conversión de los súbditos del gran Khan, y la reedificación de Jerusalem: piadoso entusiasmo que contrasta con la sencillez de sus relaciones, tan diferentes del énfasis afectado de Vesputio y otros viajeros.

Lejos estaba su tripulación de participar de estas profundas convicciones, y de la obstinación necesaria para proseguir la empresa. Todo les parecía extraño y nuevo; se espantaban de la rapidez de las corrientes, del volcán de Tenerife, de las calmas inmensas de los trópicos, de las islas flotantes de ovas. El mismo viento propicio, que soplabá del Este, les hacía temer, si no cambiaba, que la vuelta les fuese imposible. Era preciso que Colon usara del razonamiento, de la astucia, de la severidad, para vencer su resistencia; y que persistiese, sobre todo, en la firme resolución de dirigirse rectamente al Oeste, sin consideración á los fenómenos que podían inclinarle á buscar tierras á derecha ó á izquierda. Sin embargo, el tiempo adelantaba, y aunque él engañaba á sus gentes sobre el camino andado, les pareció inmenso. Los incidentes que de tiempo en tiempo parecían anunciar la tierra, se desvanecían sucesivamente; las nubes ó la ilusión que hacía ver islas, amagaban la decepción al disiparse. Cipango, tan deseada, no aparecía más que en la carta en que Colon no cesaba de mostrarla con el dedo. Las setecienta cincuenta leguas que habían calculado para llegar allí, estaban andadas, y á pesar de ello el sol se ponía en un horizonte sin riberas.

Estallaban en la tripulación las murmuraciones; hasta se amotinó. Pero cuando se vió la tierra, cuando todas las bocas repitieron: ¡Tier-

ra! ¡Tierra! la alegría toda material de la tripulación, que en fin se veía llegar sana y salva, y próxima á llegar al país de las especias, no fué nada en comparación de la intensa alegría experimentada por Colon. Conocía que el proyecto que había meditado treinta años se había cumplido, que los sarcamos se iban á cambiar en aplausos, que un nuevo mundo se abría delante de él, que una mitad de su vida obtenía su corona, y que nuevas fatigas se preparaban para la otra. Estos son momentos que sólo el genio conoce, y de los cuales uno solo basta para indemnizar una vida llena de abnegaciones y sufrimientos.

El sol del 12 de Octubre alumbró una isla de un aspecto encantador, y de sus bosques, revestidos de un verdor pomposo, de una tinta desconocida, salieron en tropel hombres desnudos y llenos de admiración. Botáronse las chalupas al mar, y Colon, con un rico traje, desembarcó con el estandarte real. Inundado de una alegría que el vulgo no sabría comprender, se prosternó en tierra dando gracias á Dios, y tomó posesión del país. Nada comprendieron los del país de lo que veían, pero sencillos y tranquilos, se acercaban á mirar, tocar objetos, hasta para los portugueses de una admiración no ménos grande.

«Con el fin de que nos tratasen amistosamente, dice Colon, y porque conocí que se ponían á merced nuestra, y se convertirían á nuestra fé, más bien por la dulzura y la persuasión que por la violencia, di algunos gorros de color y cuentas de vidrio, que se ponían en el cuello, y otras bujerías que les causaron gran alegría, é hizo conciliarnos su amistad de una manera admirable. Iban á nado á las chalupas de los barcos, donde estábamos, á llevarnos papagayos, hilo de algodón en ovillos y otras cosas, para cambiarlas por otros objetos, como cuentas de vidrio, cascabeles, en una palabra, por todo lo que se les ofrecía, dando voluntariamente todo lo que poseían. Me pareció, según todas las señales, que eran gentes extremadamente pobres. Tanto hombres como mujeres andan enteramente desnudos, entre los hombres que ví ninguno pasaba de treinta años; eran bien formados, de hermoso cuerpo y graciosa fisonomía; los cabellos como crin de caballos, cortos y caían sobre las cejas; se deja-

ban crecer por detrás una larga mecha, sin cortarla nunca. Algunos de ellos se habían pintado de un color negruzco, pero su color natural, como el de los habitantes de las Canarias, no es ni negro ni blanco. Varios se pintaban de blanco, otros de colorado ó de cualquier otro color que encontrasen; algunos se pintaban la cara, otros todo el cuerpo; unos los ojos, otros las narices. No llevaban armas, y no las conocían; cuando les enseñé sables, los tomaron por el filo, y se cortaron por ignorancia. No tienen hierro; sus zagayas son bastones, de los cuales algunos tienen en su extremidad una espina de pescado ú otro cuerpo duro. Todos en general tienen esbelta estatura, bien formados y graciosos movimientos. He visto á algunos que tenían en su cuerpo diferentes cicatrices, y les pregunté por señas cuál era la causa; me hicieron comprender que iban á su isla habitantes de las islas vecinas para hacerlos prisioneros y que entonces se defendían. Creí y creo aún que sus enemigos procedían de la tierra firme, con objeto de apoderarse de ellos para convertirlos en esclavos.

»Deben ser excelentes sirvientes y de buen carácter. Me apercibí de que repetían con prontitud todo lo que se les decía, y creo que se harían cristianos sin dificultad, porque no parecen pertenecer á ninguna secta. Si Dios quiere; llevaré seis á su alteza á mi vuelta, con el objeto de que aprendan á hablar. No he visto en esta isla ninguna clase de animales, excepto ciertos papagayos.

»Fueron á mi barco en piraguas de una pieza, hechas de troncos de árboles, con largas lanzas, y trabajadas admirablemente para aquel país. Algunas de aquellas piraguas eran bastante grandes para contener hasta cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, otras más pequeñas y en algunas sólo cabía un hombre. Las dirigen con ayuda de un remo semejante á una pala de horno; si alguna de ellas se vuelca, todos se arrojan á nado, la vuelven á hacer flotar, y vacían el agua con calabazas que llevan consigo.

»Deseé saber si poseían oro; algunos llevaban un pedacito metido en un agujero que tenían en las narices, y conseguí saber por señas que dando vuelta á la isla y navegando hácia el Mediodía, encontraría un país cuyo rey te-

nia grandes vasijas de oro y gran cantidad de este metal. Traté de hacer que me llevaran á aquella comarca; pero comprendí su negativa. Me propuse, pues, aguardar dos días, y partir de allí á una hora avanzada para navegar hácia el Sudoeste, donde segun los indicios que me dieron existía una tierra que se extendía desde el Mediodía al Noroeste; que los habitantes de la comarca situada en aquella direccion iban con frecuencia á pelear con ellos, y que ellos mismos caminaban hácia el Sudoeste á buscar oro y piedras preciosas.

»Esta isla es muy grande y llana, adornada con árboles muy frescos. Hay en ella mucha agua, un lago muy extenso en el medio y ninguna montaña. Es tan amena, que es un placer mirarla, y sus habitantes son muy dóciles; pero avaros de los objetos que nosotros tenemos, y persuadidos que nada pueden recibir de nosotros si no tienen alguna cosa que dar en cambio, roban si encuentran ocasion y se arrojan á nado. Pero lo que tienen lo dan por la menor cosa que se les ofrezca. Tomaban en cambio hasta pedazos de loza y de vidrio roto, de tal manera, que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres *centis* de Portugal, que valen una *blanca* de Castilla, y estos diez y seis ovillos podían tener casi veinte y cinco á treinta libras de algodón hilado. Prohibí los cambios con el algodón, y á nadie permití que lo tomase, reservándome adquirirlo todo para vuestras altezas, si había suficiente cantidad. Es uno de los productos de la isla; pero el poco tiempo que quiero permanecer en ella no me permite conocerlos todos. El oro que llevan colgado de las narices se encuentra tambien aqui; pero no lo hago buscar por no perder mi tiempo, queriendo ensayar el arribar á la isla de Cipango.»

Los naturales llamaban á su país Guanaháni y Colon lo llamó San Salvador; es una de las Lucayas, y está rodeada de otra multitud de ellas, que Colon creía fueran las siete mil cuatrocientas ochenta y ocho islas indicadas por Marco Polo. Navegó por entre ellas admirado cada vez más con nuevas maravillas y buscando siempre á Cipango, desde donde debía llegar en diez días á Quinsai. Era su intencion presentar allí al gran Khau las cartas de sus soberanos y volver despues con la res-

puesta, triunfante por haber llegado á la India por la direccion opuesta.

Creó haber encontrado á Cipango en Cuba, isla adornada igualmente por una poderosa y magnífica vejetacion, flores, frutos y aves (1493), cuyos colores rivalizaban en brillantez. Encantado con la hermosura de aquella tierra, exclama con el pastor de Virgilio: *Podría pasarse aquí la vida*. Al arribador espectáculo del día sucedía el de la noche, tan magnífico en los trópicos, donde la claridad de las estrellas centellea viva y pura en bosquecillos perfumados y bajo un cielo siempre sereno. En todas partes veía siempre Colon la India, el país de las especias y del oro; y se esforzaba en hacer que correspondiesen los nombres que le indicaban los salvajes con los mencionados por los viajeros.

Pero las ciudades y las Córtes que se habían prometido no se presentaban; en lugar de una civilizacion extraña y opulenta, se ofrecía á su vista el aspecto de una sencillez primitiva exenta de las necesidades y de los caprichos. Entre otras tierras descubrió á Haiti, una de las más hermosas islas del mundo, destinada á ser una de las más desgraciadas. Fué acogido en ella Colon con alegría por sus habitantes, buenos y hospitalarios; le ayudaron á construir una fortaleza á la cual denominó la Española, primer eslabon de aquella cadena que debía sujetar tan rudamente la América á la España.

Entretanto uno de los barcos de la expedicion se había averiado, Pinzon había desertado con el que le correspondía, y no se tenían noticias suyas; dejó, pues, Colon en la isla á algunos de los suyos seducidos por aquella dulce existencia, por placeres fáciles, y se volvió á embarcar llevando consigo un pequeño número de naturales. Cuando volvió á encontrar á Pinzon se encaminó para la vuelta. Tuvo al principio el viento contrario y vario; despues una terrible tempestad amenazó por espacio de quince días sepultar su descubrimiento, sin que pudiese oponer á su furor otra cosa que votos ¡Qué prueba para Colon cuando acababa de conseguir el objeto de toda su vida, en el momento de dar á la Eurapa un nuevo mundo, de llevar á sus rivales el más brillante mentis y á sus protectores la justificacion del éxito! ¡Qué prueba la de verse á punto de sucumbir sin

dejar tras sí más que la reputacion de una muerte temeraria en persecucion de quimeras! Con el objeto, al ménos, de que quedase algun recuerdo de su gran descubrimiento, escribió los detalles y los encerró en varias barricas que arrojó al mar con la esperanza de que las olas amenazaban serle tan funestas, las llevarian á algunas costas civilizadas.

Arribó al fin á las Azores; pero recibió allí la más detestable acogida de los portugueses, que aprisionaron la mitad de la tripulacion; el rey había mandado prender á Colon donde quiera que le encontrasen, como culpable de arribarle un descubrimiento que había rechazado, ó querer inquietarle en las posesiones que el Papa le había concedido. Pero cuando llegó á Lisboa eclipsó con sus maravillas aquellas á que estaban acostumbrados hacia medio siglo; dejándose el rey vencer por la admiracion, disimuló su despecho y lo recibió con grandes honores.

En fin, Colon entró en Palos, donde la poblacion rompió en trasportes de alegría; las campanas se echaron á vuelo, las tiendas se cerraron y todos á porfía corrían apresuradamente á abrazar á aquellos compatriotas que creían perdidos, y venerar en aquel que acababa de descubrir un nuevo mundo, al hombre de quien se burlaban siete meses antes como de un visionario. El mismo día llegó Pinzon, que creyendo adelantarle ó esperando que hubiera perecido, se daba por autor del descubrimiento. Pero engañado en su esperanza, el triunfo de Colon causó en él tal despecho que murió pocos días despues.

Colon fué admitido en Barcelona al honor de presentarse delante de los reyes, que le hicieron sentar en su presencia, como si hubiera sido no un grande hombre sino un grande de España. Quisieron oír de su boca los detalles de aquella maravillosa expedicion, y pareció, dice Las Casas, que gozaban en aquel momento de las delicias del paraíso.

No ménos piadoso en su prosperidad que lo que lo había sido en su humillacion, Colon fué á cumplir los votos que había hecho, en los diferentes santuarios; é hizo otro nuevo prometiendo emplear las riquezas que adquiriera en siete años en equipar cuatro mil caballos y cinco mil infantes, y otros tantos en los años

siguientes para la libertad del Santo Sepulcro.

A pesar de todo, el papa Martin V había concedido al rey de Portugal todos los países que descubriera desde el cabo Bogador y desde el cabo Non hasta las Indias. La España usurpaba, apropiándose los descubrimientos de Colon los derechos de posesion de Portugal, y el rey Juan mandó una escuadra á ocuparlos. Fernando se interpuso ofreciendo reparacion. Al mismo tiempo recurrieron á Roma, de donde fueron las bulas de Alejandro VI que asignaban á la España las islas y tierra firme, tanto descubiertas como por descubrir, en el Océano Occidental, así como sus predecesores habían hecho donativo á los portugueses de las de Africa y Etiopía. Despues, en otrabula del 4 de Mayo de 1493, el papa marcó una línea desde el polo Artico al Antártico, á cien leguas de las Azores y del cabo Verde, y asignó á la España los países situados allende de aquella línea.

Era un espectáculo imponente el ver al papa en el momento en que la autoridad pontificia iba á desquiciarse, levantarse todavía con la grandeza de la edad media, para trazar con el dedo los confines de dos naciones poderosas, y decirles: *Llegareis hasta aquí*, como si fuese aún el tiempo en que los reyes le hacían árbitro de sus contiendas en vez de recurrir á las armas. Y sin embargo, ya había nacido Lutero.

Se pensaba, no obstante, llevar más adelante las comenzadas conquistas. Los tributos impuestos á los judíos y moros, y los arsenales tomados á los últimos, proveían á los gastos de la nueva expedicion. Colon se hizo á la vela lleno de gloria y de confianza, llevando abundantes víveres é instrumentos de artes y oficios, semillas, plantas, caballos y otros animales domésticos. Una multitud inmensa solicitó tomar parte de esta nueva cruzada, cuya tierra prometida era la India: por su ambicion unos, por su aficion á las novedades y la gloria otros, y algunos para desplegar en aquellas regiones una actividad que no encontraba ya pábulo en su patria despues de la toma de Granada. Se escogieron solo mil; pero marcharon muchos voluntarios á sus expensas, lo cual hizo ascender el número total á mil quinientos. Pusieron en marcha con gran pompa, envidiados, y llenos de alegría y esperanza. En Canaria; se

tomaron semillas de naranjos, limoneros, bergamota y otros árboles frutales: becerros, vacas, carneros y puercos, animales que después se propagaron asombrosamente en aquellas nuevas regiones. ¡Felices la Europa y la América si no hubiesen hecho entre sí más que esta especie de cambios, y si las absurdas ideas de la ciencia económica en aquella época, ó más bien la insensata codicia de los soberanos, no la hubiera considerado el oro como la única riqueza.

La escuadra española llegó á la Guadalupe en medio del archipiélago de las Antillas. La colonia que había quedado en la Española para recoger noticias y un barril de oro destinado á librar la Tierra Santa, había exasperado á los naturales por su brutal insolencia y sus disoluciones, en tales términos, que los caribes la acometieron y exterminaron. Aquellos pueblos, cuya ferocidad probablemente exageraban los americanos, diciendo que eran antropófagos, que combatían tanto hombres como mujeres, que recorrían el mar, y que desde su infancia estaban habituados á navegar y manejar las armas, salieron sin duda de los valles de los Alpalaches, penetrando á viva fuerza hasta la Florida; arrojándose después sobre las Lucayas, y pasando de una á otra, habían hecho de la Guadalupe su plaza de armas. Algunos desembarcaron también en el continente meridional, y se encontraron sus huellas hasta en el Orinoco y el Brasil.

Colón continuó tratando á los habitantes con la mayor dulzura y consideración que su carácter y política le sugerían. Siguiendo las indicaciones de los salvajes, hizo vela hacia el Sur, y abordó á la Jamaica. Su sorprendente fertilidad prometía un excelente establecimiento; y en efecto, todos los frutos de Europa prosperaron admirablemente en la colonia que se formó en derredor del fuerte de Isabel. El grano que se sembraba en el mes de Enero, se recogía ya maduro en el de Marzo; las legumbres en quince días, y en un mes las calabazas y melones.

Entonces pudo conocerse mejor á aquellos pueblos, observados primero bajo la influencia del entusiasmo. Enseñaban en Haití, que creían la más antigua de las islas, la caverna de donde habían salido el sol y la luna, y en que los

hombres habían salido de una de sus hendiduras. Reconocían la existencia de un Dios; pero no dirigían sus ruegos más que á los *tzémés*, divinidades inferiores y medianeras. Cada cacique (este era el nombre que daban á sus jefes de tribu), tenía un *tzémé* de forma monstruosa, que consultaba en todas sus empresas; cada familia tenía también el suyo, y creían que su poder se extendía á todos los accidentes naturales. Los *butios*, que eran sus sacerdotes, practicaban abluciones, ayunos rigurosos, y tomaban un breva en que ponían en infusión unos polvos que los producían un delirio, durante el cual suponían tener sus visiones. Enseñaban el uso de las plantas, curaban las enfermedades haciendo muchas ceremonias, y se pintaban todo el cuerpo con figuras de *tzémés*. Todos los súbditos del cacique celebraban en honor de su *tzémé* una fiesta, en la que les precedía tocando un tambor, y llevando por ofrendas tortas, que los *butios* distribuían en pedazos á cada jefe de familia, quienes los conservaban como una reliquia.

Cuando atacaba al cacique alguna enfermedad grave, le degollaban para que no muriese como el vulgo; honor que se concedía también á algunos otros. Temían las apariciones de los muertos, y creían que aguardaba á los buenos en la otra vida una mansión deliciosa.

Sus danzas consistían en movimientos arreglados que expresaban hechos y combates; conservaban en sus canciones el recuerdo de los antiguos héroes y de los acontecimientos notables. Repugnábales la fatiga, y no trabajaban más que lo que les era necesario para alimentarse, y no pensaban más que en gozar de los dones que la naturaleza les ofrecía con abundancia; la ociosidad, los festines, la alegría y la hospitalidad formaban su vida; y sin embargo, aquellas poblaciones tan dichosas, iban á desaparecer bien pronto de la superficie de la tierra, en medio de los más crueles padecimientos.

Un cacique se presentó á Colón, y le dijo: *No sabemos si sois hombres ó dioses, pero daiis muestras de una fuerza que sería locura resistir, aún cuando lo quisiéramos. Hénos, pues, aquí á vuestra merced; pero si sois dioses, aceptad los dones, y sednos propicios; si sois hombres sujetos como nosotros á la muerte, debeis saber que des-*

*pues de esta vida hay otra, muy diferente para los buenos y los malos. Si esperais morir algun dia; y creeis en la vida venidera, en que cada uno será tratado segun su conducta en la vida actual, no hareis mal á quien no os lo hace.*

Mas no bastaba la dulzura de los habitantes y del clima, era necesario oro. Se sabía que rebosaba en el palacio del Cathay: era necesario para subvenir á los gastos de los reyes y satisfacer su codicia, y ni se encontraba allí ni en las islas circunvecinas; y sin embargo, se persistía en la creencia de que eran las que había descrito Marco Polo. Después de costear largo tiempo á Cuba, Colón quedó persuadido de que era la tierra firme, é hizo extender una acta, amenazando con castigar á cualquiera que dijese lo contrario. Si hubiese proseguido su camino dos días más, se hubiera desengañado, y cambiando la dirección dada hasta entonces á sus descubrimientos, hubiera vuelto su pensamiento hacia otra parte.

Su hermano Bartolomé, navegante intrépido que había hecho el viaje de África con Bartolomé Díaz, llevó socorros á la colonia; pero los recién llegados, sedientos de oro y de placeres, se hicieron odiosos á los naturales y acusaron al almirante de los males que experimentaban y de los que ellos hacían. Tenían por instigador al padre Boile, primer misionero, hombre turbulento, que volvió á España con los descontentos y comenzó á calumniar á Colón.

Juan Rodrigo de Fonseca, arciano de Sevilla, y después patriarca de las Indias, fué el encargado por la metrópoli de la dirección de los descubrimientos. Era un hombre duro y vengativo que entorpeció los negocios y colmó de amargura á los que daban á España nuevos reinos. Era necesario dar cuenta de las operaciones al consejo real de Indias que representaba, y no podía darse un paso sin su permiso. Isabel tomaba parte en la suerte de los indios, en cuyo favor Colón la había interesado vivamente, y esperaba convertirlos á la fé con el buen tratamiento que el almirante había empleado en su primer viaje; pero providencias tiránicas é inexperadas, dictadas por el consejo, hicieron de aquel grande descubrimiento un azote de la humanidad.

Fonseca tomó pretexto de las narraciones del padre Boile para trastornar las expediciones de

Colón, tanto más, cuanto que los primeros frutos del descubrimiento estaban muy lejos de realizar las exageradas esperanzas que se habían concebido. Las enfermedades producidas por el clima hacían sucumbir muchos europeos; otros sentían verse obligados á trabajar en donde no creían tener que hacer más que amontonar oro, y se quejaban del rigor con que Colón se veía en la necesidad de mantener la subordinación. Algunos nobles que por capricho caballeresco habían ido en la expedición, conceptuaban poco decoroso obedecer á un advenedizo.

Mientras estas disensiones, crecía la irritación de los indígenas contra los que habían recibido y venerado en un principio como los enviados del cielo. El caribe Caonabo, que se había hecho poderoso entre los caciques de la isla, parece que preveía los males que resultarían de la ocupación. Se opuso, pues, á ella con todas sus fuerzas, y formó una liga de todos los jefes. Entonces fué ya preciso entrar en una lucha abierta, en la cual los españoles se hicieron terribles auxiliares de los perros adiestrados ya en esta especie de caza en las guerras contra los moros de España, y mucho más temibles contra hombres desnudos, que no habiendo visto jamás animales grandes esperaban también ver lanzarse sobre ellos los caballos para devorarlos. Los españoles, superiores por su disciplina, habituados en sus montañas á la guerra de partidas, y provistos de armas de fuego, quedaban fácilmente vencedores, y aún hicieron prisionero á Caonabo, el terrible cacique, en Casa de Oro, quien indomable aún en los hierros, murió antes de llegar á España. Muchos habitantes fueron enviados á Europa, y otros obligados á trabajar, sin esperanza de verse jamás libres de aquellos extranjeros, que habían trocado en desolación la risueña perspectiva de sus sabanas nativas.

Colón en su primer viaje manifestó sentimientos llenos de humanidad; quería que fuesen respetadas la propiedad y la libertad individual de los indios, y los que llevó á España, fueron conducidos otra vez á su país en cuanto recibieron el bautismo. Méenos circunspecto fué en el segundo; amigo de la justicia y de la humanidad, creyó poder prescindir de ellas